LA FIESTA DEL COMETA
Juan Miguel Aguilera

200 AÑOS DE FRANKENSTEIN
Luis Britto García

© Juan Miguel Aguilera

© Luis Britto

Noviembre 2016.

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.

Diagramación: Daniela Campero.

LA FIESTA DEL COMETA

Juan Miguel Aguilera

A la fiesta sólo es posible llegar deslizándose por un largo tobogán que tiene la forma de la cola de un cometa. Es de aluminio y por toda su bruñida superficie se refleja con precisión la maraña de diminutas bombillas que cuelgan del techo del *hall* de La Bauhaus, y que representan las principales constelaciones del cielo.

Drachenfest! La Fiesta del Cometa ha comenzado y Sven espera impaciente su turno al pie de la escalera que conduce a la boca del tobogán. En su mano derecha sujeta la invitación, una cartulina plateada con la forma de una estrella fugaz. Al abrirla, un pequeño fuelle disimulado bajo el papel expele una breve lluvia de purpurina.

Traga saliva, su mente se agita inquieta y anhelante, mientras sus ojos recorren la cola de personas con disfraces estrafalarios y geniales. Él se ha limitado a coser un centenar de icosaedros estrellados de latón sobre un traje de *tweed*. Los icosaedros tienen diminutos agujeritos que lanzan destellos fulgurantes cuando se mueve, porque hay pequeñas mechas encendidas en el interior de cada uno. Le hubiera gustado diseñar algo más original, pero ha pasado varios días con la mente ocupada por todo aquel desagradable asunto de Berlín-Charlottenburg y no se le ha ocurrido nada mejor.

Al fin llega su turno. Una chica disfrazada de Selene abre su invitación (nubecilla de purpurina), se la devuelve y le señala la escalera de metal. Sven trepa por ella, sintiendo sus manos sudorosas al agarrarse al tubo de acero. Los icosaedros de latón golpean rítmicamente contra los escalones. Cuando llega arriba, se asoma a la boca del tobogán. Da un poco de miedo, pues se desliza recta hacia abajo durante unos metros, luego se dobla hacia la derecha y se desvanece en la oscuridad.

Una apropiada metáfora de mi futuro inmediato, piensa Sven.

Un auxiliar le dice que se tumba boca arriba con los brazos pegados al cuerpo. Lo empuja. Sven recorre el tobogán en apenas unos segundos, y sus pies aterrizan sobre el mullido césped del campo deportivo situado junto a la escuela.

Camina en medio de la noche salpicada con centenares de farolillos dejados en el suelo, que están rodeados de insectos que zumban y revolotean atraídos inexorablemente hacia la luz. Cuadrados de verdes parcelas, hileras de robles engarrafados sobre las piedras grises, rastrojos y encinas, y una fuente en la que flotan flores acuáticas. A su espalda quedan las luminosas cristaleras de la fachada Sur del edificio de La Bauhaus de Dessau, una admirable modulación de cubos entrelazados e interrelacionados, con paredes de cristal y hormigón que dibujan perspectivas inesperadas. Gentes de todas las condiciones sociales deambulan a su alrededor ataviados con atuendos astronómicos y astrológicos. Pero no hay nada ni remotamente parecido a los disfraces diseñados en la propia escuela, que conscientemente evitan ajustarse a la forma humana e intentan ser monstruosos o estrafalarios, pero siempre teñidos con colores intensos y desconcertantes.

Las conversaciones y las risas de sonido cristalino fluyen como corrientes de sangre que se mezclan y disuelven mientras Sven cruza entre ellos como un solitario glóbulo blanco. Los grillos fragmentan la noche con un ritmo acompasado semejante al entrecocar de las espadas.

Una voz femenina murmura a su lado:

—Una noche maravillosa, ¿no crees?

La chica es radiante; su esbelta y refinada figura tiene un aire luminoso. Es muy rubia, y el brillo platino de sus cabellos sobresale por encima de los destellos del aderezo de brillantes que representa notas musicales. Viste un corpiño de charol negro, ajustado como

una segunda piel, y con un generoso escote que deja ver bastante de sus senos. Las líneas plateadas de un pentagrama se enrollan alrededor de su cintura, salpicadas de corcheas y semicorcheas hechas con lentejuelas, que danzan alrededor de su cuerpo. Complementa su vestuario con un ceñido pantalón corto de cuero negro que le queda al ras de las nalgas, un cinturón cubierto de brillantes, y un pañuelo de muselina azul que flota detrás de ella como si estuviera hecho de humo.

Sven se lleva la mano al corazón y finge que está teniendo un ataque.

—Me sorprendiste... ¿Es que nos conocemos?...

Y se muerde la lengua apenas ha dicho esto. ¿Qué clase de pregunta es ésa cuando tienes delante a semejante mujer que intenta entablar una conversación?

—Perdona, quiero decir que... —empieza a disculparse, pero no se le ocurre nada. Lo cierto es que el rostro de la muchacha le resulta familiar, pero ¿quién es?

—No habíamos hablado nunca —reconoce ella—, pero siempre te sientas en primera fila en la clase de natural. Aunque últimamente ya no te veo por allí.

—¡Claro! —exclama Sven, porque al fin se ha iluminado la lucecita en su mente. Eres la modelo, ¿verdad? Perdona, no te había reconocido...

Esta vez se detiene antes de decir una inconveniencia, pero es ella la que completa la frase, añadiendo de regalo una mueca pícara a su rostro:

—¿Vestida?

—Sí, eh... quiero decir... Es asombroso, estás increíble con ese disfraz de...

—La Música de las Esferas.

—La "Música de las Esferas", claro. —Sven se aparta un mechón de pelo rubio de la frente. Muy bonito.

—Y eso que llevas tú son...

—Icosaedros estrellados. Siempre me han gustado, porque ya ves que son estrellas tridimensionales... Es decir, son icosaedros, pero parecen estrellas, y... —de repente le parece un disfraz de lo más vulgar, pero ya no tiene remedio. —Dentro metí unas mechas encendidas, no sé si te has fijado.

—Sí, muy original. Por cierto, me llamo Helene. No te acordabas, ¿verdad?

—Soy un desastre. Lo siento. En fin, no sé si ya sabes mi nombre... Yo soy...

—Sven, dime una cosa, ¿por qué dejaste de asistir a la clase de natural?

Él se queda mirando a la chica y se esfuerza por no apartar sus ojos de los de ella, aunque la tentación del corpiño negro reluciente y la amplia curva del escote es casi mesmérica. Qué extraña le resulta la excitación que siente en ese momento cuando ha visto a esa chica infinidad de veces posando desnuda.

Aunque su mente le sigue dando vueltas a este asunto, Sven dice:

—Dejó de interesarme el figurativismo. Todo cuanto existe está amenazado por la destrucción. El mundo ya estaba en ruinas mucho antes de la Gran Guerra, así que la misión del artista es crear un nuevo orden a partir de los escombros... Es necesario imaginar una realidad alternativa, porque ésta en la que vivimos agoniza.

Ella lo mira ladeando un poco la cabeza. Sonríe.

—Qué pena, me gustaba cuando me dibujabas —entonces, como llevada de un impulso, se coge a su brazo y apoya la mejilla en el hombro de Sven. Las notas musicales de cristal de roca tintinean al entrecuchar con los icosaedros de latón. —Quizá logre convencerte de que vuelvas a hacerlo algún día.

—Algún día —asiente él.

Helene se vuelve hacia el centro del jardín y observa el revuelo que se está produciendo entre la gente.

—Oye, parece que Walter Gropius ya va a hablar — dice.
— ¿Quieres que vayamos a escucharlo juntos?

Él asiente y empiezan a caminar así cogidos hacia el centro del jardín. Una cálida brisa evapora las esencias de las damas de noche y los jazmineros. El cielo está cuajado de puntos luminosos. En un momento, una enorme estrella fugaz atraviesa el firmamento sin darles tiempo siquiera a señalar el sitio por donde ha desaparecido. Se cruzan con una pareja de amantes que se escabullen hacia la masa de árboles oscuros. Sus cuerpos se desploman sobre la alfombra de césped, iluminados por la luz anaranjada de los reflectores. La excitación aletea en el vientre de Sven, desearía quedarse toda la noche con la hermosa Helene, pero es consciente de que tiene un compromiso que no va a poder eludir.

En el centro del prado, la multitud está quieta, atenta a la llegada de las personalidades, creciendo en diámetro a medida que van incorporándose nuevos anillos de gente desde el tobogán. Sven y la chica se quedan mirando desde las rocas, oliendo a pasto seco. Poniéndose de puntillas puede ver a Kandinsky, que va disfrazado de antena de radio. Junto a él, Johannes Itten va de engendro amorfo, es imposible describir su apariencia, y basta con apartar la vista un momento para olvidar los complejos detalles que configuran su atuendo. Un poco más lejos, Lyonel Feininger pasea, impresionante con su aparatoso disfraz que consiste en dos enormes triángulos rectángulos chocando, y saluda a Moholy-Nagy, que va de segmento rectilíneo atravesado por una cruz. Al fondo, Muche es un apóstol harapiento y Paul Klee una encina azul partida por la mitad.

El director de la escuela, Walter Gropius, va disfrazado de Le Corbusier. Camina hasta el centro del círculo de personas y hace la tradicional lectura del manifiesto.

— ¡El último fin de toda actividad plástica es la arquitectura!
— empieza.

Sven escucha en silencio el manifiesto, absorbiendo cada una de las palabras, que no por conocidas le parecen menos impresionantes. El manifiesto de La Bauhaus es un grito para la unidad, la colaboración y la integridad de los artistas y los artesanos. Afirma que el Estado de la Armonía se ha perdido por la división del trabajo causada por la producción en masa y la guerra mundial, hechos que el discurso de Gropius conecta con la mecanización imperante que anula al individuo. Culpa también a las barreras que ha levantado la intelectualidad entre las Bellas Artes y las Artes Aplicadas.

— ¡Formemos pues un nuevo gremio sin las pretensiones clasistas que pretendan erigir una arrogante barrera entre artesanos y artistas! — exclama. — Porque un mundo mejor y más hermoso está en el horizonte. Un mundo hecho a la medida del Hombre, donde nuestros hijos crecerán felices. Deseemos, proyectemos, creemos todos juntos la nueva estructura del futuro, en el que todo constituirá un solo conjunto: arquitectura, plástica, pintura... y que un día se elevará hacia el cielo de las manos de millones de artífices como símbolo cristalino de una nueva fe: ¡La fe en la Belleza y en el Hombre!

Sus palabras son respondidas con una cerrada ovación, a la que Sven se suma con entusiasmo. Pero inmediatamente después su expresión se vuelve taciturna, como si una nube hubiera eclipsado su rostro. Mira la hora en su reloj de bolsillo y comprueba que ha llegado el momento que tanto ha temido durante los últimos días.

— Me tengo que ir — le dice a Helene con pesar.

— ¿Ya? — sus preciosos ojos azules reflejan una gran desilusión. — Pero si aún es muy pronto... La fiesta no ha hecho más que empezar...

— Lo sé, pero tengo que atender cierto asunto... Lo siento, pero no puedo decirte más. Será sólo un momento y regresaré a la

fiesta. Espero volver a encontrarte.

Ella extiende la mano y le toca el brazo que sujeta el reloj.

—Déjame ir contigo —le pide.

Sven tiene sinuosos glóbulos sangrientos flotando frente a sus ojos, recordándole la verdadera naturaleza de esa noche. Se los frota con los dedos y musita:

—Lo siento, Helene, pero es mi honor lo que está en juego... Y tú no puedes acompañarme.

—¿Tu... honor? —se extraña ella.

Sven ya no le dice nada más, se aleja de ella dando grandes pasos en dirección a la calle que lleva hacia el centro de Dessau. No voltea para volver a mirarla. Entonces alguien le sale al paso, se trata de Georg Muche, con su disfraz de apóstol mugriento.

—Espera, ya sé lo que pretendes hacer, muchacho, y es una locura —le dice, acercándose mucho a él.

Sven se aparta un poco. Desde que Muche ingresara en la secta mazdeísta, no se lava mucho. Lleva la cabeza afeitada, viste túnicas largas, y sigue una estricta dieta vegetariana con grandes cantidades de ajo purificador que ahora exhala con su aliento.

—Lo siento, profesor, pero esto no es asunto suyo.

—Por supuesto que lo es. ¿Te crees que no conozco cuál es el origen de todo esto? Te vi cuando les hacías frente a aquellos muchachos de Berlín-Charlottenburg. Y lo hiciste para defenderme a mí, ¿no es así?

Muche había ido a Berlín a dar una clase magistral en la Escuela Técnica Superior de Berlín-Charlottenburg. Allí fue abucheado por varios alumnos de arquitectura que lo llamaron “perro judío” y luego le arrojaron huevos podridos.

—No lo hago por usted, profesor Muche, sino por el honor de La Bauhaus. También dijeron que la escuela era un “nido de comunistas”...

—¿Y qué? ¿Qué importancia tiene eso? ¿De verdad crees que vas a demostrar algo enfrentándote en un duelo con esos gamberros? Porque se trata de un duelo, Mensur, ¿verdad? No creas que me chupo el dedo, muchacho. Lucharás con una espada hasta que consigas hacerle una buena cicatriz a tu enemigo o él te la haga a ti. ¿Es eso lo que quieres? ¿Qué vas a demostrar con esa estupidez? No te pongas a su altura, hijo. Recuerda que la violencia nunca soluciona nada.

Sven se siente pinchado por aquella afirmación y es entonces él quien se acerca a Muche, sin que le importe el intenso olor a ajo que le llega en oleadas con su aliento.

—No es verdad, profesor. Muchas veces la violencia es la única alternativa.

—¿De verdad lo crees? ¿Cuál fue el beneficio de la Gran Guerra? No sólo para nosotros, los alemanes que fuimos derrotados, sino para los ingleses y los franceses, dime, ¿qué sacaron ellos en claro de tantos millones de muertos y una Europa en ruinas?

—¿Y cuál cree usted que debe ser la respuesta ante la violencia? ¿Cruzarse de brazos? ¿Y si en vez de insultos y huevos podridos aparecen esta noche, en medio de esta fiesta, con palos, cuchillos y armas de fuego?

Y lo cierto es que los estudiantes de Berlín-Charlottenburg le han prometido que harán exactamente eso si esta noche no acude él a la cita. La imagen de aquellos salvajes irrumpiendo en la Fiesta del Cometa, atacando con saña a aquellos inocentes con disfraces estrafalarios, llenos de amor, buenas intenciones y confianza en el futuro... No, esa imagen es demasiado horrible como para ignorarla.

—¿Qué debemos hacer, profesor? —sigue diciendo. ¿Correr? ¿Escondernos? Al final a todos los que corren se les acaban los sitios dónde esconderse.

—Llamar a la policía.

—¿La policía? —Sven suelta una risita. —La policía no ven-

drá. La mayoría están afiliados al NSDAP, y no vendrán a defender un “nido de comunistas”.

—Esto es sólo una chiquillería —insiste Muche.

—Yo no lo creo así. Verá, profesor, ahora soy un estudiante de La Bauhaus, es verdad, pero también pertenezco a una familia tradicional de Westerwald en la que se da una gran importancia a la defensa del honor agraviado. Y lo siento, profesor, pero no puedo olvidar todo lo que he aprendido desde niño. Me han insultado y mi honor exige también una satisfacción. Blandiré una espada de Mensur si ello es necesario.

—Eres consciente de que te expulsarán si esto llega a saberse.

—Sólo si usted me denuncia, profesor. Nadie más lo sabe. Para el resto, yo habré pasado la noche en la Fiesta del Cometa.

Sven se da la vuelta y empieza a alejarse por la calle de Dessau. Muche se queda plantado allí donde está, y cuando el muchacho se ha alejado unos pasos le grita:

—De acuerdo, Sven, pero no digas que vas por mí o por la Escuela. Es la misma semilla de violencia que está en esos chicos la que ahora te empuja a ti a luchar.

Sven no quiere seguir escuchando y sigue su camino. Mientras avanza por una húmeda calle empedrada, que discurre paralela al río Mulde, se va arrancando uno a uno los icosaedros de latón y los va dejando caer sobre los adoquines. Detrás de él brilla una estela de puntos luminosos. Al frente se cierne la oscuridad de las calles de Dessau.

Puede que el futuro sea luminoso, como ha pronosticado Walter Gropius, pero para alcanzarlo Sven Speer tendrá que atravesar las profundas sombras de esta noche.

200 AÑOS DE FRANKENSTEIN

Luis Britto García

1

Cuatro inteligentes monstruos se reúnen en 1816 a orillas del lago de Ginebra en la villa Diodati para disfrutar un verano de juegos neuróticos y creaciones poéticas. No son la mejor compañía el narcisista e incestuoso Lord Byron, su tímido médico Polidori, el enervado poeta Percy Shelley y su amante María Wollstonecraft Godwin, atormentada por la reciente pérdida de una hija prematura. Querrían hacer frívolas excursiones para huir los unos de los otros; pero el año anterior ha reventado el volcán Tambora en Indonesia: durante los tres años inmediatos un velo de ceniza oscurece el sol, el atroz invierno se prolonga indefinidamente, se pierden las cosechas y centenares de miles de campesinos se ven reducidos a comer pasto y buscar refugio en las ciudades, donde son rechazados por la violencia. Como los convidados en *El Ángel Exterminador* de Buñuel, los cuatro neuróticos están condenados a la mutua compañía.

2

Para entretener el ocio, Lord Byron seduce a Clara Clairmont, la hermanastra de María, y propone que cada uno escriba un relato de terror. Entre las dos y las tres de la madrugada del 16 de junio de 1816, María Wollstonecraft Godwin sufre una pesadilla: “Vi al pálido estudioso de las artes prohibidas arrodillado ante la cosa que había construido. Vi el odioso fantasma de un hombre estirarse, y luego, por obra de alguna poderosa máquina, mostrar signos de vida, y temblar con un torpe movimiento casi vital. Espantoso debía de ser, como debía serlo el efecto de cualquier empresa humana de remedar el estupendo mecanismo del Creador del mundo”.

3

María despierta del ensueño abominable y comienza la redacción de una novela espantable. Como escribirá después, ésta marca el paso de su niñez a su edad adulta. Pues el hombre deja su infancia y su Paraíso atrás cuando se atreve a ser Creador. En lugar de la hija prematura, nace un monstruo inmortal: Frankenstein, el nuevo Prometeo. El doctor Víctor Frankenstein (“Piedra Libre”, en alemán) no crea a su engendro recosiendo cadáveres; descubre en camposantos y salas de disección el secreto de la vida, sobre el cual la autora guarda silencio. El monstruo no tiene nombre. Su creador huye de él, presa de inexplicable pavor ante su fealdad. Como un refugiado más de los centenares de miles desplazados por el frío de aquellos años sin verano, la creatura huirá por los campos, cubierta apenas por un gabán que roba a su creador, escapando de un mundo monstruoso que lo rechaza y lo persigue.

4

El refugiado encuentra un escondrijo en el establo de una familia de refugiados franceses. Es bastante distinto del idiota berreante que nos presentará Hollywood. Espiando por una rendija, aprende a hablar y a leer observando cómo le enseñan francés a una refugiada de Turquía. El monstruo aprende “el extraño sistema de la sociedad humana. Escuché sobre la división de la propiedad, de la inmensa riqueza y la escuálida pobreza, del rango, el linaje y la sangre noble”. Encuentra libros, que devora: *Ruinas de los Imperios*, de Volney, *Vidas*, de Plutarco; *Las cuitas de Werther*, de Goethe; *El Paraíso Perdido*, de Milton. Así toma conciencia de que “no poseo dinero, ninguna clase de propiedad; que estoy dotado con una figura abominablemente deforme y odiosa, que no soy de la misma naturaleza del hombre”. El monstruo es un paria de la tierra.

5

El monstruo refugiado busca simpatía presentándose a los refugiados: lo rechazan despavoridos. En el río, salva a una joven que se ahoga: el novio lo hiere de un pistoletazo. Al fin, en el bolsillo de su vestidura encuentra el Diario donde el doctor Frankenstein anotó las etapas de su creación. Razona que “como Adán, no estaba vinculado a ningún otro ser de mi especie”; concluye que “Satanás es el más perfecto emblema de mi creación”. Y blasfema: “¡Maldito creador! ¿Por qué me hiciste un monstruo tan odioso que incluso tú me abandonaste, asqueado?” Todo lo que viene después, hasta la inagotable eternidad, procede de este inexplicable rechazo.

6

Si creas refugiados, se crearán humanos y buscarán compartir la humanidad. Si los rechazas, se tornarán monstruos. Si razones con ellos, exigirán la exigua dicha de reproducirse. Si se las niegas, te negarán. Harán que reconozcas al monstruo en ti. Guiado por el Diario de su creador, el monstruo localiza a éste, exige que le fabrique una compañera para aliviar su espantosa soledad, promete que huirá con ella a las selvas de América del Sur. El doctor Víctor Frankenstein primero accede, luego destruye a la hembra artificial ante el temor de que una especie superior al hombre pueda multiplicarse y suplantarlo. El monstruo solitario condena a la soledad a su creador aniquilando a la novia, al padre y al mejor amigo de éste. Ahora sólo se tienen el uno al otro: se persiguen hasta el Polo Norte para destruirse: para intentar la culminación de la soledad total.

7

El monstruo de Frankenstein no es el único engendro de esa noche de luminosas pesadillas. Siguiendo los pasos de María, Percy Shelley publica en 1820, *Prometeo liberado*, un farragoso drama sobre el Titán que robó el fuego del Olimpo para dar vida a los hombres. Aceptando también el reto, el médico John Polidori escribe

The Vampyre, cuyo protagonista, Lord Ruthven, por el despotismo que ejerce sobre sus conocidos desdeñándolos y humillándolos en público, por su carismático poder de drenar la voluntad y la energía de quienes lo rodean, es un retrato del engreído y cojo Lord Byron. Al igual que éste, es inmortal, pero no en lo literario, sino en lo fisiológico: el narrador Aubrey lo deja por muerto en Grecia, y meses después lo encuentra vivo en Inglaterra. Lord Ruthven se sacia primero con la sangre de la novia griega de Aubrey, luego, con la de una hermana de éste. A diferencia de Víctor Frankenstein, el vampiro Ruthven no crea vida: la extingue. Al contrario del monstruo y a semejanza de Byron, su poder mortal es su atractiva belleza y su capacidad de robar vitalidad a sus conocidos. El monstruo de Frankenstein, por lo menos al comienzo, es externamente detestable, pero en lo interno, una criatura amorosa que sólo busca que su afecto sea correspondido. Lord Byron y el vampiro Ruthven son externamente hermosos, pero en su interior, monstruosos. El inescrupuloso periodista Henry Colburn publica la novela de Polidori en la *New Monthly Magazine* en 1819, atribuyéndosela a Lord Byron, y el relato deviene un arrollador éxito. Faltan 81 años para que Bram Stoker publique su *Drácula*. Desesperado por el fracaso en sus intentos por hacerse reconocer la autoría, John Polidori se suicida con cianuro a los 25 años de edad. Como el monstruo de Frankenstein, el vampiro de Polidori destruye a su creador.

8

Creamos monstruos, como el dinero, el Capital, la revolución industrial, las armas atómicas, la inteligencia artificial, los refugiados, el cambio climático. Son nuestra imagen y semejanza: nunca asumimos responsabilidad por ellos. ¡Malditos creadores! Los monstruos tocan a la puerta, clamando venganza.